

leans la noche del 30 al 31! ¡solo él podría contar sus horribles angustias!

Nosotros hemos relatado todo lo que pudo traspirarse: sin duda despues de la entrevista con M. de Mortemart, hubo otra entre el futuro rey de Francia y M. Laffitte; pero los pormenores de ella nos son desconocidos y no podemos por lo mismo manifestarlos.

CAPÍTULO XLIII.

MIENTRAS tanto, á escepcion de Carlos X, que en medio del terror creciente de sus servidores y de su familia, permanecia sereno y con esa calma que presta solo el error y la obstinacion; Saint-Cloud era el teatro de escenas violentas é inesperadas que completaban las estrañas peripecias del gran drama que se representaba en aquellos momentos entre el pueblo y el rey.

Ragusa, el hombre de la fatalidad, la víctima elegida por el destino para cargar en este mundo y en el otro con el peso de dos imperios, Ragusa, despues de haber disputado el terreno palmo á palmo, llorando su derrota menos amargamente quizá que hubiera llorado su victoria, habia ido á reunirse con la familia real en Saint-Cloud.

A la llegada del duque de Ragusa, aun podia contar Carlos X con cinco ó seis mil hombres, que unidos á los restos

de las tropas que acababan de dejar á Paris, podian formar un cuerpo de cosa de diez mil hombres.

El delfin queria reunir los diez mil hombres y marchar sobre Paris. Le habia escitado y sostenido en su resolucion M. de Champagny, hombre valeroso y resuelto, tan adicto al príncipe que se hubiera dejado matar con solo una palabra suya.

M. de Champagny habia ordenado un plan de resistencia, que estaba dispuesto á poner en ejecucion previo el consentimiento del rey.

El delfin solicitó y obtuvo una entrevista del rey, y en esta audiencia M. de Champagny espuso á la aprobacion de Carlos X el proyecto siguiente:

El rey marchará inmediatamente á Orleans donde se reconcentrarán todas las tropas: el mariscal Oudinot y el general Coetlosquet se encargarán del mando de los cuerpos de Lunéville y de Saint-Omer que se creia se dirijian á Paris, y se apoderarán en Tolon del tesoro del dey de Alger que acaba de llegar allí, y que asciende nada menos que á la enorme suma de cincuenta millones. Al mariscal Bourmont, se le hará venir de África, con todas las fuerzas de que pueda disponer; unirá las provincias realistas del Mediodia á las provincias realistas de la Vendée, y la guerra civil quedará establecida en Francia sobre las bases mas sólidas para poder luchar.

El rey escuchó este plan con el aire mas lánguido y distraido. Al ver se amontonaban los sucesos sobre su cabeza, como las nubes del cielo impelidas por el viento, dudó de su fortuna y de la suerte de su monarquía. Los dias del reinado de la casa de Borbon habia concluido ¡y no era un sacrilegio proseguir resistiéndose no á la voluntad de los hombres, sino á la voluntad de Dios que parecia decirle: ¡Basta ya!

—Hablad de todo eso al delfin—respondió.

Era del todo inútil hablar al delfin, pues que el mismo

Delfin era el que habia enviado á M. de Champagny á la cámara del rey.

El Delfin se presentó.

—Sire—dijo al rey—no solo apruebo ese plan: hago mas que aprobarlo, lo recomiendo á V. M.

—¡Pero bien! preguntó Cárlos X—¿qué deseais entonces?

—La autorizacion formal para ponerlo en obra.

El rey reflexionó un instante, y sacudiendo despues la cabeza.

—¡Oh! no—dijo—no!. . .

Se hallaba en uno de esos instantes de desfallecimiento que tienen los reyes á la hora de su caida: desfallecimiento que esperimentó Napoleon en Fontainebleau en 1814 y en el Eliseo en 1815; desfallecimiento que debia sentir Luis Felipe en las Tullerías en 1848.

El Delfin se retiró furioso á su departamento: arrojó su espada al suelo, y se tiró sollozando en un sillón.

M. de Champagny le habia acompañado: dejó pasar la primera esplosion de su cólera, y propuso despues al Delfin obrase como si hubiera obtenido la autorizacion del rey.

El Delfin estaba en uno de esos momentos de exaltacion, en que los consejos estremos son los que mas halagan al dolor. Aceptó esta cuasi-revolucion en contra de su padre, y él y M. de Champagny comenzaron á redactar una proclama para la tropa.

Ya estaba concluida é iba á leerse, cuando anunciaron al Delfin que el general Talon deseaba hablarle.

—¡El general Talon! preguntó el Delfin—¿no es el que con tanto valor se batió antes de ayer en el Hotel-de-Ville?

—El mismo, monseñor—respondió el ayudante.

—Hacedle entrar—dijo el príncipe.

El general Talon apareció en el umbral de la puerta, con las cejas fruncidas y sombría la mirada.

—Monseñor—dijo—estoy pronto á morir por vuestra augusta familia—y no hablaré mas de una adhesion de la que

he dado pruebas; pero esta adhesion tiene sus límites y no me permite afrontar la deshonra.

—¡La deshonra!—esclamó el Delfin—¿qué quereis decir, general?

—Lo que quiero decir es—contestó el general Talon—que acaba de leerse á las tropas una proclama, noticiándoles como un suceso dichoso la retractacion de las ordenanzas.

—¿Por quién está firmada esa proclama? ¡espero que no será por el rey!—gritó el delfin.

—No, monseñor—por el duque de Ragusa.

El Delfin lanzó un grito de corage, corrió como un loco al cuarto del rey, preguntando en todas partes donde estaba el mariscal, y avisado que este se hallaba en la sala de villar, entró bruscamente en ella.

El duque de Ragusa se encontraba allí en efecto, el Delfin le mandó le siguiese á una pieza próxima.

La sala de billar estaba llena.

La orden fué tan brusca, dada con un acento tan vibrante y agitado que todos quedaron inmóviles, siguiendo ansiosos con la vista al mariscal que iba detras del Delfin.

La puerta se cerró tras de ellos.

Como *empezó*, segun se dice en términos teatrales, la escena que pasó entonces entre el mariscal y el príncipe, nadie podrá decirlo porque ambos estaban solos; pero de pronto se oyeron fuertes gritos, la puerta se abrió con violencia, y el mariscal apareció con la cabeza descubierta y andando hácia atras seguido del Delfin que le insultaba y le amenazaba á la vez. En fin, en contestacion á una respuesta dada por el mariscal á tantos insultos y amenazas:

—Sois un traidor, caballero—esclamó el Delfin—nos habeis traicionado como habeis traicionado al otro. Vuestra espada! vuestra espada!

Y lanzándose sobre el mariscal trató de arrancarle la espada, que desenvainó á medias.

Con un movimiento rápido el mariscal metió su espada, pero la afilada hoja deslizándose entre las manos del Delfin, hirióle los dedos y brotó la sangre.

A la vista de su sangre el príncipe perdió la cabeza.

La sala estaba llena de guardias.

—A mí, señores, á mí! gritó mostrando la mano ensangrentada.

Los guardias obedecieron y rodearon al mariscal, no tanto para arrestarlo como para libertarlo de la cólera del príncipe.

La orden habia sido formal, y se condujo al mariscal á una cámara donde se le detuvo prisionero.

Apenas habia pasado esta escena cuando ya habia tenido noticia de ella el rey: el noble anciano salió de su apatía. Tenia una gran injusticia que reparar y que endulzar una dolorosa herida.

—Decid al mariscal que está levantado su arresto,—gritó desde su puerta entreabierta—y que le suplico venga á verme al instante.

Un momento despues el mariscal apareció en el umbral.

Carlos X dió tres pasos hácia el duque de Ragusa.

—Señor mariscal—le dijo—acabo de saber lo que ha pasado—recibid mis excusas mientras el Delfin os hace las suyas.

Habia tal espresion de dolor en aquel anciano, que en los momentos mismos de perder un trono, hallaba aun palabras para consolar un ofendido orgullo, que una lágrima brotó de los párpados del mariscal, y con voz conmovida dió las gracias al rey por sus bondades.

El rey aprovechó este instante para rogar al mariscal fuese á buscar al Delfin.

—Para qué? le preguntó el duque de Ragusa.

—Para ofrecerle vuestras excusas, mi querido mariscal—contestó el rey—y sobre todo para recibir las suyas.

El duque se inclinó en señal de obediencia y fué á bus-

car al Delfin; pero cuando el Delfin tendió la mano al mariscal, éste dió un paso atras, le saludó y se fué.

Su mano habia rehusado tocar la del príncipe.

Despues de la lectura de la proclama del duque de Ragusa, despues de la violenta escena habida entre él y el príncipe, ya no habia medio de poner en obra el plan de resistencia presentado por M. de Champagny.

Ademas, toda la energia del Delfin se habia gastado en esta lucha. Cada uno se retiró á su departamento, donde, segun su debilidad ó su fuerza, trató de luchar contra el destino, ó se inclinó sumiso ante la mano del Señor.

Hácia media noche, es decir, cuando el duque de Mortemart dejaba el Palacio Real, llevándose la carta del duque de Orleans en la que protestaba su fidelidad al rey, la duquesa de Berry llena de terror irresistible y maternal, se levantó de su lecho, corrió al cuarto del Delfin y le suplicó no se obstinase en permanecer mas tiempo en Saint-Cloud que se hallaba amenazado.

Nadie pensó en preguntar quién amenazaba á Saint-Cloud; pero la frase *Saint-Cloud está amenazado* se esparció al instante mismo en los corredores y cámaras del palacio, y todo el mundo se puso en pié: despertóse al rey, díjosele que Saint-Cloud estaba amenazado y se le pidieron órdenes.

Los horas despues, el rey, la duquesa de Berry y los dos vástagos reales, se dirigian á Trianon escoltados por cien guarlias de corps.

El Delfin fué el último que quedó para dirigir la retirada de la ropa.

Al dia siguiente aparecia esta proclama firmada por el duque de Orleans, y que anunciaba á los parisienses su aceptación.

“Habitantes de Paris!

“Los diputados de la Francia, reunidos en este instante en Paris, han espresado el deseo de que viniese á esta ca-

pital para ejercer en ella las funciones de teniente general del reino.

“No he dudado un momento y he llegado para dividir con vosotros los peligros, para colocarme en medio de este heroico pueblo, y hacer todos los esfuerzos posibles para preservaros de la guerra civil y de la anarquía. Al entrar en la ciudad de Paris traia con orgullo los gloriosos colores que habeis vuelto á adoptar, y que he llevado por tanto tiempo.

“Las cámaras van á reunirse: á ellas les toca poner los medios para mantener el orden, las leyes y los derechos de la nacion.

“Una Carta será de hoy mas una verdad.—L. F. de Orleans.”

Pero antes de estender esta proclama antes de contraer este compromiso, el duque de Orleans como aquellos hombres de la antigüedad que nada hacian sin consultar el oráculo de Delfos ó de Dodona, habia consultado al Calchas de la calle de San Florentino.

M. de Sebastiani fué el encargado por el príncipe para ir á escuchar el moribundo acento que disponia todavía de las coronas. Fué introducido ante M. de Talleyrand en el momento mismo en que se estaba vistiendo, y le presentó la carta que en forma de consulta le dirijia el príncipe.

—Que acepte—contestó M. de Talleyrand y el príncipe aceptó.

Aceptando, habíase obrado una gran revolucion loca: la monarquía plebeya habia sustituido á la monarquía aristocrática.

CAPÍTULO XLIV.

LA proclamacion del duque de Orleans se leyó en la cámara y fué acogida con el mayor entusiasmo. Hubo un momento de duda en que todos veian delante y detras de sí, y cada uno deseaba saber dónde habian llegado.

Benjamin Constant, M. Guizot, M. Béran y M. Villemain se encargaron de poner algun orden en este juego de ajedrez en que tantos peones habian sido derribados, y en que á un rey, descendiente de tantos reyes, se le habia dado jaque-mate.

He aquí el trabajo de estos señores;

“Franceses! la Francia es libre. El absolutismo alzaba su bandera: el heroico pueblo de Paris la ha abatido. Paris, atacado, ha hecho triunfar con las armas la causa sagrada que habia triunfado inútilmente en las elecciones. Un poder usurpando nuestros derechos y perturbando nuestro reposo amenazaba á la vez á la libertad y al orden; pero ya hemos vuelto á estar en posesion del orden y de la libertad.

“No mas temores por los derechos adquiridos: no mas obstáculos para adquirir los que deseamos y nos faltan todavía.

“Lo primero que necesita la patria ahora es un gobierno que sin temor alguno nos garantice la posesion de aquellos bienes: ¡Franceses! los diputados que se hallan en Paris se han reunido, y mientras pueden tomar una intervencion formal